

## La juventud en un mundo globalizado

La juventud actual está viviendo un periodo de crisis, pero no una crisis cualquiera sino una que amenaza a la especie al completo. Su experiencia de riesgo constante es una cuestión inequívoca y repercute en su forma de pensar, actuar y sentir. La juventud postmoderna, postmaterialista, cosmopolita, conectada a Internet y con preocupaciones colectivas es la juventud global del siglo XXI. El voluntariado, la movilización política por causas altruistas y medioambientales y un tremendo frenesí de participación en lo público serán elementos a analizar en este siglo en el que estamos. La juventud como actor principal en este escenario de riesgo e incertidumbres ha de desarrollar su papel con potencia y sin miedo al fracaso.

**Palabras clave:** participación política, sociedad del riesgo, nuevas modalidades de participación.

Cada hora tiene su afán y cada siglo su cuita. Sobre todo mirada desde los siguientes. Y todos los siglos, me parece, comparten esa conciencia generada desde dentro de ser el momento de la contemporaneidad, allí donde el yo se piensa a sí mismo. Razón por la que cada centuria se ve como la culminación del espíritu humano, cosa que obviamente es cierta, y como el punto más alto que su evolución puede alcanzar, cosa que obviamente no lo es. Muchos de los hoy vivos ya lo estábamos y con relativo uso de razón en el siglo XX. Solía en éste escucharse con frecuencia la pregunta retórica de cómo era posible que en “pleno siglo XX” sucedieran unos u otros acontecimientos como si ello fuera impensable no más que por tratarse del siglo XX.

Otros siglos han tenido otras razones o empleado otras vías para certificarse culminación de la civilización humana. El XIX estaba henchido de vanidad; había comprobado el progreso de la especie. No lo había inventado porque ese fue descubrimiento del XVII, elevado a categoría de dogma por el de las luces, el XVIII, como se prueba con el *tableau* de Condorcet, (Condorcet, 1998) de 1795. Ciertamente, el XVII también se sentía superior respecto a todo lo acaecido con anterioridad a causa del principio de tolerancia, el gran adelanto del espíritu humano. Esta tolerancia, cuyas bases filosóficas sentó Locke (Locke, 1963) trae causa de las guerras de religión en Europa que, a su vez, bien pueden considerarse el resultado de otro gran episodio europeo de enormes consecuencias para el mundo entero, esto es el de la Reforma, consecuencia ineludible del Renacimiento. Renuncio a seguir rastreando motivos de autocomplacencia en los siglos anteriores entre otras cosas porque no tengo nada claro que en ellos se diera esa conciencia de ser coetáneos que tantas tonterías obliga a decir. Quizá si remontamos de nuevo

el vuelo y llegamos a la época clásica podemos encontrarnos alguno de estos momentos, puede que en el siglo de Pericles, o en el de Augusto, pero no es seguro.

Seguro es que el mentado siglo XXI, continuación del XX en punto a *hybris*, tiene esa certidumbre de culminación pero quizá la fundamente en una conciencia que sí parece expandirse por primera vez y aprestarse a ser el resumen, la quintaesencia de la autoimagen de la época: la idea de que el ser humano está en posición de causar el fin del planeta de destruirlo. Y no sólo hay un barrunto intelectual de que esto sea posible, aunque también, sino que es asimismo la acongojada convicción de que tal cosa pueda suceder con independencia de lo que la humanidad desee, que puede ser consecuencia del avance incontenible de la especie. El mero sentido común dice que el mundo no podrá sobrevivir indefinidamente al frenesí reproductivo del ser humano; que ello suceda cuando la especie cuente con diez mil millones o cuando cuente con veinte mil millones es cosa de breve lapso.

El siglo XX ya había saboreado algo las mieles perversas de esta conciencia de omnipotencia para el mal y la destrucción. Con motivo de la carrera de armamentos que fue el nudo mismo del largo periodo de la posguerra conocido como *guerra fría*, se fue abriendo camino la idea de que en una siempre posible guerra atómica no habría vencedores dada la capacidad de destrucción que garantizaban los crecientes arsenales nucleares y montones de ingenios balísticos. Todavía hoy en que tal amenaza ha perdido gran parte de su mordiente, suele contabilizarse ésta en número de veces en que la Santa Bárbara atómica puede destruir el planeta: las existencias probadas de armas nucleares (supongo que sin contar las que tenga Israel) pueden destruir la tierra equis veces, una imagen puramente fantástica, casi quimérica, pues es muy difícil visualizar una situación en la que un objeto pueda ser destruido más de una vez. Pero la lógica de la carrera de armamentos había incorporado a su discurso esa única situación e incluso le había dado el nombre a una forma de "equilibrio" de la guerra fría, MAD o *Mutual Assured Destruction*: destrucción mutua asegurada. En el caso de que uno de los dos contendientes desencadenara un ataque, el otro procedería a lo que se llamaba *Full Retaliatory Response*. Resultado: destrucción mutua. Resulta curioso que Wikipedia entienda que este punto es un punto de equilibrio de Nash <sup>(1)</sup>, pero así es y con toda justicia ya que ninguno de los contendientes estaba interesado en cambiar las condiciones del juego so pena de perderlo todo.

Pero en este equilibrio el posible resultado catastrófico depende de la voluntad del hombre. Es verdad que lo hace de modo tal, invocando el carácter ajeno, en cierto modo *inhumano* de las relaciones humanas que casi se diría que no depende en absoluto de la especie. Pero sí depende y, de un modo u otro la especie no parece suicidarse. Esta idea de que el hombre como especie pueda llegar a no controlarse arranca directamente de las experiencias de enajenación del individuo. Si sucede con el individuo puede suceder con la especie. Pero el hecho es que no sucede, al menos de momento.

Y en eso parecen distinguirse los siglos XX y XXI. En el XXI la catástrofe capaz de borrar a la especie humana y con ella a todo ser vivo del planeta puede ser producida por factores externos, objetivos, ajenos a la causalidad directa de las acciones del hombre. La destrucción que el MAD del siglo XXI traería por obra de la acción humana será ahora la catástrofe natural, producto de

(1)  
([http://en.wikipedia.org/wiki/Mutual\\_assured\\_destruction](http://en.wikipedia.org/wiki/Mutual_assured_destruction))

fuerzas que los seres humanos no pueden controlar. Resulta, pues, que el futuro del planeta es una catástrofe, sobre lo que siempre se regatea. Un efecto análogo es lo que viene predicando la iglesia cristiana con mayor o menor delectación desde hace dos mil años, según se trate del Apocalipsis y los evangelios. Esta conciencia de catástrofe caracteriza nuestra cultura (Cotarelo, 1985), hasta el punto de que conjugada con la idea distópica del siglo XX., y el espíritu científico que se ha apropiado de todo los discursos por las razones más aburridas ha acabado sustituyendo a las religiones. ¿Para qué hacen éstas falta si sus profecías son aproximativas frente al carácter inexorable de las predicciones científicas? No es solamente que, en condiciones de “normalidad”, el sol pasará a ser una supernova dentro de cincuenta mil millones de años, que es cantidad no significativa; se trata de que, manteniendo el ritmo de explotación de los recursos naturales y de producción industrial para el consumo, también se producen escenarios catastróficos en cálculos de funcionamiento de la especie y con fechas mucho más coherentes con las presumibles experiencias vitales de todos quienes las articulan.

Esa es la base del excepcionalismo contemporáneo y la conciencia de superioridad catastrófica del siglo XXI. A este espíritu responde la conocida fórmula de Ulrich Beck de la sociedad del riesgo, que ha venido a sustituir a la sociedad industrial (Beck, 1986). Vivir es cada vez más una tarea de sobrevivir. Esta idea del riesgo social parece retratar bastante bien la conciencia con que como sociedad encaramos este vivir que se nos antoja sobrevivir. Una conciencia de catástrofe inminente. La modernidad se hace reflexiva a base de vivir en la incertidumbre de la “producción del riesgo”. Muy probablemente se ha experimentado en otras ocasiones y contextos culturales. Los “terrores del año Mil” debieron de tener algo que ver con esto y parecen coherentes con algunos puntos de la mitología cristiana, como el Apocalipsis o las creencias milenaristas que no solamente son de factura religiosa sino que también impregnan otro tipo de preocupaciones, por ejemplo las políticas. No es disparatado sostener que el último credo milenarista en Occidente fue el marxismo con el anuncio del advenimiento de una sociedad de los justos o sociedad sin clases que reproduciría, pasado el cataclismo revolucionario, las condiciones de alguna forma de Edad de oro.

Lo que sí parece suceder es que nuestro tiempo echa mano de la imaginería milenarista con una desaconsejable frecuencia ya que pueden darse casos de la fábula del pastor y el lobo. Hace unos años, con motivo de la llegada de 2000 se desató una campaña con aspectos de histerismo milenarista aunque disfrazado de pensamiento tecnológico. Se llamó el efecto Y2K, esto es, el “efecto del año 2000”. Según el miedo generalizado el primer día del nuevo milenio (para lo cual hubo previamente un interesante debate sobre si éste era el 1º de enero de 2000 o el de 2001) todo el sistema informático mundial se paralizaría o enloquecería. Las razones que se aducían nunca fueron únicas ni estuvieron claras: que si los relojes internos a los sistemas, al llegar a tan fatídica fecha, no estando preparados para otra cosa, retornarían al 1º de enero de 1900 o que los lenguajes con que se habían ido edificando los complejos sistemas informáticos ya no se entendían entre sí. No es asunto muy relevante pues los sentimientos colectivos de catástrofe no necesitan argumentos racionales; basta con levantar constancia de que el siglo nuevo y el milenio arrancaban con agoreras predicciones catastróficas. Luego, por supuesto, nada sucedió y prácticamente nadie volvió a plantear el asunto.

Uno de los efectos de la globalización –de la que se hablará algo más adelante– es generalizar al mundo entero la conciencia de ciudadela asediada que antes parecía sólo propia de la cultura popular yankee. Este efecto Y2K podía entenderse como una especie de ciberataque a los centros neurálgicos del planeta. Con posterioridad se dio un episodio similar: *la grande peur* de la variante de la gripe descubierta a primeros de 2009 y bautizada de distintas formas, como “gripe porcina”, “gripe A”, gripe h1n1, presunta pandemia de gran mortandad por tratarse de un virus maligno y mutante, capaz de saltar la barrera de la especie, del cerdo al ser humano, como antes se había presumido del pollo siempre al ser humano. Un típico terror colectivo en el que intervino el estado mayor de la salud planetaria, la OMS con el resultado que bien se ha ido conociendo de que los negros presagios no se han cumplido e *il mondo rimane tale quale*, si bien con menor seguridad respecto a su acción en el mundo (2).

El más reciente terror apocalíptico es el del cambio climático. En modo alguno simpatizo con los negacionistas ni es mi intención equiparar el riesgo del cambio climático con los fiascos del Y2K y el virus h1n1. Sí cabe temerse que acabe dándose algo de la mentada fábula del pastor y el lobo. En principio en mi opinión la amenaza del cambio climático debe tomarse muy en serio y suscitar acción inmediata, sobre todo teniendo en cuenta que es una catástrofe muy alejada de nuestras capacidades de control. Volveremos sobre ello más abajo.

Esto es lo que, a mi juicio, caracteriza a la situación de la juventud hoy: su clara conciencia de que vive en un mundo en el que, o hacemos algo pronto (aunque no sepamos qué) o éste se autodestruye. No imagino muy bien cómo puedan organizarse las vivencias en el sentido de Dilthey de cada cual y del conjunto en ese contexto (Dilthey, 2005). Sólo puedo hacerlo por comparación con lo que el recuerdo me dice que fue nuestro modo de enfrentarnos a la comprensión del tiempo que nos había tocado vivir. Y, por supuesto, cualquier parecido es pura fantasía. Mi generación, que tenía una clara conciencia de la contingencia del ser humano a través del existencialismo, la integraba con una convicción contradictoria que, sin embargo, no ofrecía duda: que la sociedad era transformable para mejor, el mundo era reformable según un criterio de justicia que llevaba a la emancipación de la especie dentro de la cual acaba sumergida, creo, la idea de la emancipación de cada cual. Y digo que creo porque no tengo recuerdo de haberme ocupado directamente de la cuestión.

Nada de eso se conserva en los inicios del siglo XXI. El fracaso de los experimentos sociales a partir de los años noventa deja el pensamiento emancipador sin rumbo y sin esperanza. No hay tierra por hollar ni mundo por descubrir. Además, la realidad no se modifica por decreto. Y hay que ver si se modifica. Todos los intentos de hacerlo de modo radical y una vez por todas han resultado reversibles. Únicamente parecen haber dado buen resultado las propuestas reformistas del piecemeal social engineering popperiano (Popper, 1971) o las tácticas gradualistas de la socialdemocracia europea a comienzos del siglo XX o los fabianos ingleses de fines del XIX. Todos ellos programas, en el fondo que resultaría extraño que atrajeran el interés o compromiso de la juventud hoy.

Por supuesto, esta consagración de la impotencia y la aceptación resignada de las actitudes reformistas y gradualistas corre paralela con las concepciones filosóficas dominantes de la posmodernidad. El fin de los metarrelatos de

(2) (<http://www.insurgente.org/modules.php?name=News&file=article&sid=18842>).

que habla Lyotard, aquellos relatos multiabarcadores encargados de asegurar la legitimidad de los discursos (Lyotard, 1984), es la trasposición al terreno de las ideas de esta comprobación de la resistencia de la realidad a cambios basados en la aplicación de programas emancipadores. Resistencia que no es como la que oponen las superficies duras sino, al contrario, las líquidas (Bauman, 2000). La complejidad de la unión de los dos mundos, el objetivo y el que los fenomenólogos llaman *Lebenswelt* (mundo vital con todas las peculiaridades humanas) hace que la acción colectiva sea un imponderable sobre el que no cabe predecir nada.

La celebración de la Conferencia de la ONU sobre el cambio climático a finales de diciembre de 2009 en Copenhague fue la manifestación práctica de esta impotencia. Si bien es cierto que desde las trincheras más rabiosamente neoconservadoras se cuestiona la urgencia e incluso la verosimilitud de las teorías del efecto invernadero, el calentamiento global y el cambio climático, no lo es menos que en los círculos científicos internacionales hay una opinión mayoritaria favorable a tomar en consideración la teoría y aprestar los elementos necesarios para evitar sus efectos más nocivos. Esta mayoría de la comunidad científica se apoya en una opinión pública mundial claramente preocupada por las consecuencias del cambio climático cuya realidad ya da por hecha y que es la que exige que haya un programa internacional de acción. Resulta interesante, sin embargo, comprobar que por mucha opinión pública que haya y clara sea la conciencia de la necesidad de hacer algo eso no quiere decir que, efectivamente, la comunidad internacional ponga en marcha un proyecto realista de cambio planetario. Al contrario la conclusión de la citada cumbre es que la acción práctica internacional es inexistente y efectivamente el porvenir del planeta depende en buena medida de los resultados de esa acción pero sin que parezca capaz de corregir su rumbo o poner remedio a sus yerros. Aquello que se hacía patente en los marcos nacionales cerrados, esto es, que no se cambia la sociedad a golpe de conclusión y negociación es asimismo lo que cabe decir del orden internacional: no se cambia éste a golpe de acuerdo, tratado o negociación. El futuro no es previsible y está abierto. La probabilidad de condicionarlo a través de nuestra acción ideológicamente movida es insignificante.

Esta idea de que el orden social, tanto doméstico como internacional puede ser injusto y de hecho lo es, pero, por una serie de razones, no es pensable su transformación radical a corto y medio plazo condiciona notablemente la autoconciencia de las generaciones jóvenes como se echa de ver en los bajísimos índices de asociacionismo con vistas a la acción práctica y de la consiguiente movilización. Las cifras cantan. Es muy posible que todavía siga en vigor la notable percepción de Inglehart (Inglehart, 1997) respecto a la orientación postmaterialista de la juventud a fines del siglo XX. Lo que no parece, sin embargo, seguirse de ello es que esa orientación postmaterialista de las sociedades industriales avanzadas produjese entonces o produzca ahora una movilización política o social. Lo que se da, entiendo, por supuesto sin mayor comprobación. Algo que permite hablar hasta de “revolución postmaterialista” Como se dice en un artículo así titulado (Domínguez, 2005). Señala Domínguez: “No olvidemos que en Europa los jóvenes de las ciudades y las áreas metropolitanas han crecido con una cierta seguridad económica, educación, sanidad y prestaciones sociales. Son postmaterialistas. Sus aspiraciones humanas, aparte de un empleo digno, van más allá de valores materiales, como la participación política horizontal sin tanta jerarquía ni burocracia, la democracia cosmopolita, la ecología, la diversidad sexual,

igualdad de género...Sin embargo, si de pronto ven que ni siquiera pueden aspirar a un empleo digno, como tuvieron sus padres, se frustrarán y surgirán “identidades de resistencia” en el nombre del territorio urbano en forma de bandas, de urbaterroristas o, simplemente, desesperados.”

Da la impresión de que en el caso citado el empleo del término “revolución” no implica una propuesta de transformación radical del conjunto del orden social real sino que es metafórico, casi comercial, al modo en que se habla de una “revolución” de la cocina o de la indumentaria de moda. El fenómeno social que motivó inmediatamente al menos el artículo fue la rebelión de la *banlieu* parisina, un movimiento espontáneo, descoordinado, juvenil, con extrema violencia contra las cosas frente al que hubo una reacción social de repulsa. Es muy posible que esta rebelión de la *banlieu*, a la que hizo eco tres años después otra en Atenas también extraordinariamente violenta y que duró varios días (3), habiendo empezado con una protesta contra la brutalidad policial; es muy posible, digo, que sean el comienzo de un movimiento revolucionario de onda más o menos larga pero, si se observa bien, se verá que, caso de producirse, no será la acción movida por el postmaterialismo sino, precisamente, por el fallo en el cumplimiento de las promesas de éste. No es el postmaterialismo el que moviliza a los/as jóvenes sino la amarga comprobación de que el postmaterialismo puede ser una ilusión.

La escasa participación de la juventud en los eventos públicos, probablemente coincide con ese otro fenómeno de la llamada “desafección democrática” que detectan los politólogos y hablan tanto de ella que ha pasado a ser objeto del debate político cotidiano cuando se dice que los ciudadanos desconfían de sus políticos, incluso de aquellos a los que votan, que con facilidad los reputan de corruptos y tampoco tienen mejor opinión sobre las instituciones si bien es de señalar que casi todos se dicen demócratas. Tiendo a pensar que tales actitudes proceden de la ya lejana época en que en las ciencias sociales empezó a hablarse del “fin de las ideologías”, cuyo referente filosófico viene a ser veinte años después la postmodernidad y entre medias el postmaterialismo, ese último intento de metarrelato que tampoco parece haber cuajado.

En verdad hoy suele señalarse con cierto alborozo, al menos en el campo de la ciencia social crítica, la aparición del llamado “tercer sector” en nuestras sociedades o el “voluntariado” que sientan plaza de ejemplos de movilización de la juventud y que, en consecuencia, parecen contradecir las tesis pesimistas. La verdad es que estos estudios y las proyecciones que hacen respecto a la importancia que, llegado un impreciso futuro acabará alcanzando el voluntariado (y que de momento no tiene) recuerdan los embelesados saludos que desde los mismos cuarteles se dirigían en los años ochenta al incontenible proliferar de los “nuevos movimientos sociales” en los que se residenciaba una intencionalidad de acabar con los viejos partidos, parte esencial de la corrupta estructura de los sistemas políticos, y también vinculados a la acción juvenil. Gracias a ésta y a su acción en dichos nuevos movimientos sociales se podría resolver el problema de la deslegitimación de los órdenes políticos democráticos. Un cuarto de siglo más tarde está ya claro que de aquellos nuevos movimientos sociales unos no eran nuevos, otros no eran movimientos y algunos no eran sociales y de la promesa entonces formulada sólo se ha materializado la acción política de algunos grupos verdes que, para llevarla a cabo, han tenido que convertirse en partidos políticos a la corrupta usanza. De hecho la importancia real del tercer sector

(3)  
(<http://m.elespectador.com/articulo97943-atenas-vive-el-sexto-dia-de-disturbios>)

o el voluntariado, medida en términos de presencia social activa y autónoma es mínima. No hay con el voluntariado, como no lo hubo con los nuevos movimientos sociales, un ámbito propio para la acción colectiva juvenil. La juventud tiene asignado un espacio propio y en cierto modo exento que le garantizan los poderes públicos. Es un espacio que se ve obligado a convivir con otros anteriores que delimitan su margen de acción. Las generaciones previas no se dejan jubilar.

Permítaseme una pequeña digresión sobre este asunto de las generaciones. Es claro que cada una de éstas cuenta su propia historia y tiene su propia idea sobre sí misma y las demás. Se bautiza y bautiza a las otras. La de los que fueron jóvenes allá por los años de los famosos nuevos movimientos sociales, en los ochentas y noventas ha puesto en marcha un término que es un verdadero programa socio-político: el de *barrera generacional* tema sobre el cual hasta se celebran jornadas con ponencias (4) lo que debe de indicar que se trata de asunto de mucho montante. Sin embargo llevo oyendo eso de la "barrera generacional" el consabido cuarto de siglo sin que nunca me haya parecido concepto especialmente interesante y ni siquiera ingenioso. Da la impresión de que quienes lo formulan lo hacen como quien invoca una jaculatoria: ya que no pueden liquidar la cosa en sí, que diría Kant, la convierten en sortilegio. "Barreras generacionales", esto es, en román paladino, *quitate tú para que me ponga yo* debe haberlas habido desde tiempo inmemorial. Nadie se va de los sitios a gusto: hay que echarlo. Y cada generación se las ha ingeniado como ha podido con su propia "barrera generacional". Por lo demás eso es algo que, como le decía el sindicalista David al "hereje" Eduard Bernstein a propósito de su ataque al pensamiento socialdemócrata más adocenado: "Eres un bruto, Edu; esas cosas se hacen pero no se dicen". Obviamente, cuando se dicen puede ser porque no se hacen. A la generación que es barrera hay que obligarla a saltar; pero no tratar de convencerla porque es tarea perdida. Por lo demás me temo que la relación entre generaciones y ámbito (espacial y temporal) de la acción social está evolucionando en un sentido restrictivo para jóvenes que cada vez se ven más obligados a compartir el espacio social con más generaciones vivas. Es la del 68, a la que todos parecen tenérsela guardada. Los señores Sarkozy y Esperanza Aguirre pretenden ambos "acabar (en el sentido de erradicar) con el espíritu del 68". Cómo pueda acabarse con un espíritu que es, por definición inmaterial, es un misterio. Los de los nuevos movimientos sociales quieren derribar la famosa "barrera generacional" que, en el fondo, es también tratar de liquidar a los del 68. Vana esperanza justo en un tiempo en el que la próxima reivindicación social será abolir de hecho y de derecho las discriminaciones por razón de edad que son características de nuestra sociedad. Y lo más pintoresco del caso es que esos de la "barrera generacional" que fueron jóvenes en los ochentas y noventas ya constituyen la "barrera generacional" de los que vienen detrás.

Fin de la digresión. Por cierto, el hecho de levantar constancia de que el impacto numérico del postmaterialismo en términos de acción en el tercer sector o el voluntariado no quiere decir que nos rindamos sin más a su hipotética fuerza argumental. Que algo sea cuantitativamente reducido no quiere decir que no contenga en sí la semilla de una gran expansión futura. Cuando el pueblo elegido no constaba más que de Abraham y su gente, el dios de los judíos, cristianos y musulmanes le dijo que bendeciría su simiente y la haría tan numerosa como las arenas del mar. Y así fue, aunque esos descendientes no estén especialmente bien avenidos al día de hoy. Por lo

(4)  
([http://www.circulobellasartes.com/ag\\_humanidades.php?ele=48&mod=pasado](http://www.circulobellasartes.com/ag_humanidades.php?ele=48&mod=pasado))

demás es posible que aquellos jóvenes que participan en actividades de voluntariado, en ONGs y asuntos similares sean una minoría pero una minoría especialmente relevante. Puede decirse, desde luego, aunque no con carácter absoluto que, cuando menos, son la minoría que muestra algo parecido a un sistema de valores morales de carácter altruista. Al margen de que ni siquiera en la ética está claro que el altruismo sea mejor que el egoísmo entre otras cosas porque tampoco suele estar claro qué se entienda por “mejor”, también habría que explicar por qué se singularizará a la minoría juvenil movida por la solidaridad y el altruismo y no a la que se orienta a los puestos de mando del capital financiero internacional y lleva una vida dedicada al dinero. Quizá haya diferencias notables en cuanto a la talla ética pero seguramente sucederá lo mismo con la intelectual en un tiempo en el que la identidad socrática entre el conocimiento y la moral no pasa de ser un *wishful thinking*.

Minoría o no, hay un sector de la juventud comprometido con actividades de voluntariado, solidarias, del llamado “tercer sector”. No voy a entretenerme aquí en reflexionar sobre un problema nada baladí que se plantea al relacionar la justificación del Estado del bienestar con las actividades solidarias. Baste recordar que lo característico del Estado del bienestar es que la prestación de los servicios se haga en el marco de la ley y por un juego de derechos de los receptores que los ponen al abrigo de los caprichos de la caridad privada. Hasta cierto punto ese tercer sector es actividad privada y sus labores pueden entenderse como debilitadoras del estricto marco del bienestar como derecho. El asunto sobrepasa los límites de este artículo. No lo hace, sin embargo, la comprobación de que, en cuanto a la adscripción “nacional” de las tales actividades de voluntariado, solidarias, etc, ésta se hace en el marco de la sociedad internacional. Una gran cantidad de activistas juveniles que quizá sean abstencionistas en la política de su país participa a pleno rendimiento en campañas internacionales de solidaridad. En muchos casos estas actividades se hacen a través de ONGs que son organizaciones sin ánimo de lucro y con muy frecuente incidencia en países y culturas ajenas y extrañas. Este mayor compromiso con las causas internacionales quizá permita deducir dos conclusiones: 1ª) el desinterés por las cuestiones domésticas, unida a la conciencia de la irrelevancia de la acción individual de que se hablaba más arriba; 2ª) un particular planteamiento ético por cuanto la actividad exterior participa algo del espíritu del misionero. Sin duda los médicos sin fronteras, los veterinarios sin fronteras, periodistas, abogados todos sin fronteras pretenden llevar a los territorios en los que actúan las condiciones de vida de aquellos de los que provienen pero tampoco creen que el resultado de su acción pueda alcanzar al conjunto de la sociedad en la que actúan. Son acciones ejemplo de altruismo que es algo que puede ser muy significativo desde el ámbito internacional.

Paradójicamente esta conciencia del carácter inerte de ese ámbito internacional viene en el momento en que se impone y nadie ya discute la condición de mundo globalizado. La acción humana se fragmenta según dictamina la posmodernidad justo en el momento en que el mundo se desfragmenta y camina a una creciente unificación de consecuencias muy desiguales para unos y para otros. Pero esto no quiere decir que esa acción altruista sea reveladora por el mero hecho de darse. Una ojeada somera a los datos sobre la acción internacional de altruismo nos muestra que este tipo de acción moviliza a una parte de la juventud de los países industrializados. En qué proporción se dé esta movilización no es aquí asunto de mayor importancia. Basta con saber que se da y que su medida depende en gran



medida del tipo de problema que la suscite. Por ejemplo, con la catástrofe del *Prestige* en España en 2002 se movilizó una gran cantidad de jóvenes voluntarios sobre todo en Galicia aunque también en el resto de España para ayudar en las tareas de limpieza muchos de los cuales, por no decir casi todos, no pueden o no quieren participar en una ONG con tarea internacional.

Antes de seguir conviene precisar que esta acción voluntaria es más que nada un asunto de la cultura (política) occidental. Son los/as jóvenes del primer mundo quienes en mayor o menor medida actúan en el contexto de un orden internacional en el que el Tercer Mundo aparece como víctima de un reparto injusto de la riqueza y de las competencias para generar recursos, por no decir ya también de una mayor exposición a los riesgos de catástrofes naturales en las cuales hay siempre un fuerte componente humano y social. Esto es, los/as jóvenes del primer mundo se movilizan en función de las consideraciones más arriba expuestas en mayor o menor grado para aliviar la situación del tercero. No hay en los países en desarrollo algo parecido entre su propia juventud, lo que no quiere decir que no lo haya en absoluto. Son, sin embargo, de importancia para entender esta diferencia los muy distintos procesos de socialización que experimentan las respectivas juventudes. Pueden estos visualizarse, siempre con un grado grande de simplificación y hasta caricaturización viendo cómo los/as adolescentes en el primer mundo se socializan en un ambiente de respeto por las libertades y los derechos y la conservación del planeta mientras que en el tercero, en muchos casos, lo hacen en un contexto de guerra civil y manejando un *Kalashnikov* desde niño.

En todo caso esta movilización internacional de una parte de la juventud mundial no se agota en los asuntos específicos por país o región sino que abarca al conjunto del planeta en una forma de acción política muy acorde con el signo de los tiempos de la globalización. Desde que ésta comenzó a tomar formas orgánicas y políticas más definidas, especialmente a raíz de las reuniones de la Organización Mundial del Comercio (OMC) o del G8, una especie de gobierno de facto del mundo a cargo de los países más ricos (EEUU, Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Canadá, Japón y la UE) que ha revestido diversas configuraciones numéricas según la ocasión hasta llegar al G20, se ha ido articulando un movimiento contestarlo mundial, básicamente juvenil, espontáneo y coordinado de modo laxo. En su acción este movimiento ha ido dando la alternativa a todos los pasos de lo que cabe llamar el status quo de la globalización y constituyéndose en un movimiento que también ha ido variando de nombre hasta que parece que el último de “alterglobalización” es el que encuentra mayor aceptación. En esos actos alternativos han confluído diversas ideologías políticas juveniles con diferentes grados de radicalismo pero rara ha sido la convocatoria globalizadora que no haya contado con su manifestación alternativa y violenta con enfrentamientos con las fuerzas del orden. Así sucedió en Seattle en 1999 con motivo de la reunión de la OMC cuando se vivió lo que se ha llamado “la batalla de Seattle” hasta los disturbios habidos en Copenhague en diciembre de 2009 con motivo de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el cambio climático.

Ciertamente no todas las actividades del movimiento alterglobalizador han de ser violentas. De hecho, las sucesivas convocatorias del Foro Social Mundial, desde el primero en Porto Alegre en 2001 hasta el último en Belem en 2009 han servido para mostrar a ojos del mundo que hay un movimiento planetario de amplio respaldo, básicamente juvenil, en lucha por una globalización alternativa. El lema frecuentemente repetido en estas actividades de “otro

mundo es posible” denota una clara voluntad política activista al tiempo que, filosóficamente, pone el asunto en los términos de la contraposición entre Leibnitz y Voltaire acerca de si este mundo es el mejor de los posibles. Lo que separa a los alterglobalizadores de la crítica voltairiana es que al tiempo que reputan el mundo real como el peor de los posibles, albergan la esperanza optimista en que el mundo pueda mejorar sustancialmente. Es decir, la resignada conclusión a que, como se señalaba más arriba, se llega en el ámbito de los Estados nacionales de que los órdenes sociales dominantes no son radicalmente transformables, adquiere una tonalidad más optimista cuando el ámbito de acción es el conjunto del planeta.

No obstante, no resultará excesivamente agorero hacer observar que el enunciado de “otro mundo es posible” no aparece fundamentado a primera vista en propuestas realistas de transformación sino que tiene un claro aspecto desiderativo. Sin duda sirve para orientar la acción política juvenil global y está bien que así sea. Pero conviene fundamentar ese deseo en algo más convincente que en el entusiasmo juvenil. Hay que proceder como hace Susan George (George, 2004), esto es, especificando qué requisitos han de cumplirse para que esa posibilidad se haga realidad. Proceder de otro modo hará, sí, que otro mundo sea posible, pero no *probable*.

Me interesa señalar que este movimiento político global alterglobal, esta movilización internacional sin precedentes tiene como caldo de cultivo y medio de acción a Internet. Los/as jóvenes de hoy, por supuesto, los del primer mundo, han nacido en un mundo en que había Internet; no han tenido que adaptarse a la nueva situación sino que dan por supuesta la existencia de la red y organizan de modo natural su vida en torno a ella. A su vez una valoración de Internet y su impacto en las relaciones sociales de todo tipo también quedaría fuera de los límites de este artículo. A los efectos que nos ocupan será suficiente con señalar la capacidad de cambio radical y profundo de las sociedades humanas que ésta ha mostrado, tanto que quizá podría uno arriesgarse a emplear el término “revolución” sin los reparos que se manifestaban más arriba. La red ha sido el mayor paso de la historia de la humanidad en la diseminación de la información y el alcance de la comunicación. Nunca antes había estado el conjunto del saber de la especie al alcance de cada uno de sus especímenes siempre que cuente con conexión y banda ancha. Y una de las características más acusadas de esta poderosa innovación es el hecho de que las relaciones de poder se hacen transparentes, que la tendencia de los gobiernos al secreto y a la ocultación ya no puede resistir frente a la infinita capacidad fiscalizadora de la red, siempre vigilante, siempre en guardia para denunciar los abusos de los derechos humanos. La sensibilidad de la red ante la prevalencia de la injusticia, el hambre, la guerra y la miseria en el tercer mundo y la rapidez de reacción y acción práctica de las *webs* amplían notablemente el campo de acción y atraen a Internet a todos los ciudadanos que se interesen por los problemas de la injusticia allende sus fronteras, tendencia que, como hemos visto, suele darse entre los jóvenes y son estos los que, en parte por su mayor disponibilidad física y en parte por el trasfondo ético de su acción, acabarán comprometiéndose con resolver situaciones que quizá no encararan en su país.

El mundo de Internet genera una realidad virtual que duplica y condiciona la real. Es en ese mundo virtual en el que está dando sus primeros pasos la *ciberpolítica*, esto es, la participación política a través de los mecanismos de Internet y no solamente en la identificación de posiciones a través de

la blogosfera y las redes y agregadores de páginas en donde las gentes que comparten quizá filiación política pueden coordinar sus acciones sino también en la generación de un ámbito libre, ilimitado de comunicación multidireccional y que posee una capacidad de convocatoria y acción política espontáneas que carece de precedentes en la vida política clásica y contribuirá a cambiar ésta de modo radical.

De hecho ya lo está haciendo. Como se decía más arriba hoy es muy difícil que los gobiernos consigan ocultar sus demasías o mantener el secreto de sus actuaciones, lo que no quiere decir que no lo intenten. Cualquier ciudadano provisto de un móvil puede grabar la actuación de la policía en la represión de manifestaciones y colgar después la grabación en la red a través de un portal de vídeos, Youtube, por ejemplo. La red da salida asimismo a fotos que testimonian la situación de detenidos o torturados en centros de internamiento o bien el carácter criminal inhumano y contrario a las Convenciones de Ginebra de determinadas operaciones militares, de los israelíes en los territorios ocupados o en la franja de Gaza, de los occidentales en el Afganistán, de los EEUU en el Irak, etc. La orden de la Presidencia de los Estados Unidos de que los periodistas fueran “incrustados” con las tropas invasoras en el Irak y no se transmitiera nada sobre la situación de Bagdad primero sitiado y luego ocupado no pudo impedir que un ciudadano con su ordenador conectado en banda ancha, desde el propio Bagdad tuviera al mundo entero informado minuto a minuto de lo que sucedía en la capital en las horas más terribles. La única manera de evitar esto es que los gobiernos interesados censuren la red, como hacen, por ejemplo, la República Popular China o Cuba, aunque a un costo de prestigio internacional muy elevado como censores a ojos de la opinión pública internacional. Una situación que todos los gobiernos tienden a evitar.

Que Internet determina el futuro es cosa que se observa precisamente en el hecho de que su uso sea masivo entre los/as jóvenes. Una consulta del consumo de Internet en el Estudio General de Medios (5) probará que éste entre los/as jóvenes es porcentualmente muy superior al de usuarios con más de cincuenta años. Este dato tiene una importancia capital si se vincula con el hecho de que entre los/as jóvenes la tasa de uso de Internet es superior a la de la televisión, cosa que no sucede con los otros grupos de edad, mucho más dependientes de este medio “clásico” de comunicación. De hecho, para tratar de mantener su predominio las cadenas de televisión ya ofrecen la mayoría de su programación en la red (6). Es más, dada su forma de vida y su acceso a las nuevas tecnologías son los/as jóvenes los encargados de llevar adelante el nuevo salto adelante de las tecnologías de la información y la comunicación (tics), consistente en la integración de la tecnología celular con la informática y la red. El único temor que suscita esta previsión es el de que profundizará mucho en la distancia entre los/as jóvenes y las generaciones anteriores que si es ahora grande puede llegar a ser insalvable en un futuro próximo por cuanto el dominio juvenil de estas nuevas tecnologías carece de precedentes y no existe nada con lo que los adultos puedan compensarlo. Acceder a la red a través de los móviles y muy especialmente a las redes sociales, pone al alcance de los/as jóvenes una capacidad inmensa de movilización de carácter espontáneo cuyo efecto contundente sobre la política tradicional ya está empezando a sentirse. Todas las campañas políticas (gubernativas o de la oposición) tienen su inmediata respuesta en la red, dando así lugar a un tipo de intercambio de información y de acción política sin parangón con anterioridad.

(5)  
(<http://www.aimc.es/>)

(6)  
([http://www.elpais.com/articulo/portada/Red/destrona/television/elpepipor/20100102elpepisoc\\_1/Tes/](http://www.elpais.com/articulo/portada/Red/destrona/television/elpepipor/20100102elpepisoc_1/Tes/))

Es demasiado pronto para determinar en qué medida concreta contribuirá este predominio de la red a transformar los usos políticos tradicionales en los sistemas democráticos, pero no hay duda de que las pautas de la ciberpolítica (interactividad, espontaneidad y agregación de multimedia) serán las que imponga la juventud.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**Bauman, Zygmunt** (2000), *Liquid Modernity*. Cambridge, Polity.

**Beck, Ulrich** (1986): *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Suhrkamp, Frankfurt a.M.

**Condorcet, Nicolas de** (1998) *Esquisse d'un Tableau historique des progrès de l'esprit humain*. París, Flammarion.

**Cotarelo, Ramón** (1985) "Crítica de la conciencia contemporánea de catástrofe", en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva época) nº 43, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, enero-febrero.

**Dilthey, Wilhelm** (2005) *Das Erlebnis und die Dichtung, Lessing, Goethe, Novalis, Hölderlin*. (Vol. 26 de Gesammelte Schriften). Göttingen, Vandenhoeck + Ruprecht GM.

**Domínguez, Juan José** (2005) *La revolución postmaterialista*, Rebelión, 17 de noviembre (<http://www.rebelion.org/noticias/2005/11/22853.pdf>).

**George, Susan** (2004) *Otro mundo es posible si...* Icaria, Barcelona.

**Inglehart, Ronald** (1997) *Modernization and Postmodernization. Cultural, Economic and Political Change in 43 societies*, Princeton University Press, Princeton, 1997.

**Locke, John** (1963) *A Letter Concerning Toleration*. La Haya, Nijhoff.

**Lyotard, Jean-François** (1984) *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid.

**Popper, Karl** (1971) *The Open Society and Its Enemies* Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

